

El indulto de García Lorca

La increíble historia del granadino Pepe Roldán

LOS hombres y mujeres del pueblo de Víznar, a siete kilómetros de Granada y en un lugar paradisíaco al pie de la serranía, volvieron a escuchar el ruido siniestro de las balas. Durante la guerra civil ése fue uno de los lugares elegidos para fusilar. Se fusiló tanto y tan continuamente que las descargas de fusilería se convirtieron en una música conocida todos los amaneceres. Una de aquellas descargas acabó con la vida del poeta Federico García Lorca un día del mes de agosto de 1936, probablemente durante la madrugada del 19.

Tuvo que pasar mucho tiempo para que la Diputación democrática de Granada y las corporaciones de Víznar, Fuente Vaqueros, patria chica del poeta, y Alfácar organizaran un homenaje al eterno muchacho. Buscaron el lugar donde puede que descansan sus huesos, lo acotaron y pensaron un parque, que es lugar de meditación, recuerdo y desprecio para todos los que basan sus opiniones en los cañones de las armas. Hasta allí fueron los del pueblo: los viejos, con la memoria fresca y aterida, los jóvenes y las autoridades.

Y mientras alrededor de la tumba poetas locales glosaban al fusilado y a todos los fusilados, alguien o algunos rompían a pedradas la placa de cerámica granadina que sustituía la plaza del General Franco por la del poeta Federico García Lorca. Y cuando el estupor aún no se había despejado, otro amanecer se rompió a tiros. Probablemente nadie se despertó esa vez, nadie se levantó sudando de la cama como si estuviera viviendo una pesadilla que durara casi cincuenta años. Un tiro agujereó otra placa, la que convertía el camino de Víznar a las viejas fosas de fusilados, en los alrededores de Fuente Grande, en Avenida de los Mártires. El tiro fue algo más que un disparo simbólico. Todavía hay quien no aguanta a los poetas, quien tiene miedo de su falta de razones para convencer.

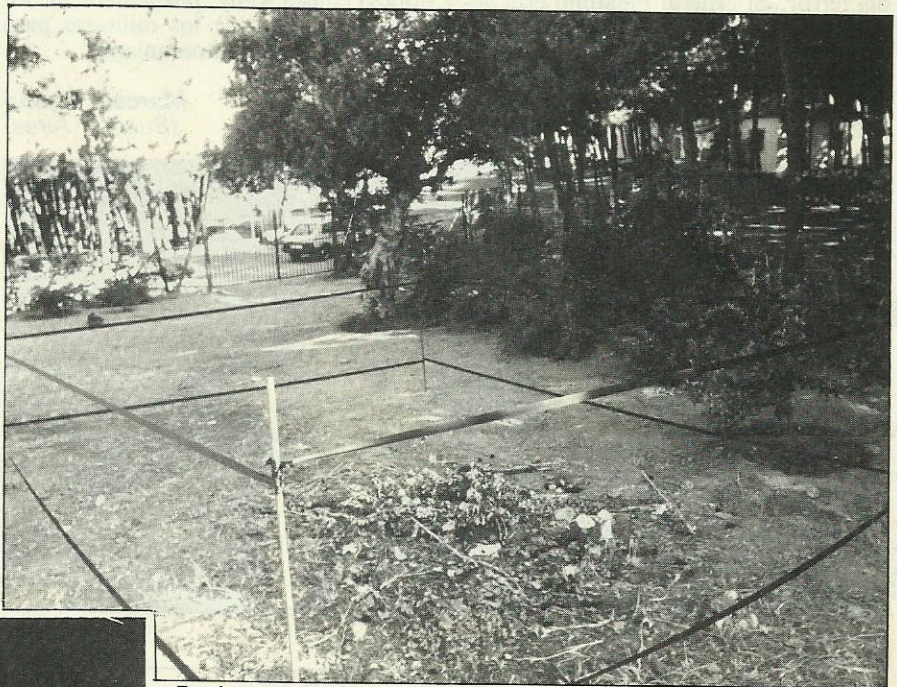
«Estamos investigando estos hechos increíbles —manifestó el joven Buenaventura Rodríguez, alcalde socialista de Víznar—, que creo imposible que los

hayan realizado gente de este pueblo. ¿Cómo se puede tener aún ese odio? No lo comprendo —se pregunta el alcalde—, pero vamos a poner medidas. La Diputación ha protestado oficialmente y ha decidido poner nuevas placas, éstas de bronce, para que nadie las rompa o las agujeree a balazos.»

El día del homenaje en lo que será el

del 19 de agosto y llegó tarde. Cuarenta y siete años después narra su increíble historia:

«De niño y de muchacho, antes de la guerra, yo pertenecía a los exploradores y nos íbamos de acampada a la parte de Víznar y Alfaguara, que son lugares muy bonitos. Me los conocía de memoria, como la palma de mi mano...



En el parque de García Lorca, en Víznar (Granada), está su tumba. El 19 de agosto de 1936 lo fusilaron, y junto a él hay muchos más



parque García Lorca había entre el público un hombre atildado, pequeño, de voz atiplada y gestos vivos. Pasó inadvertido. Es el funcionario más antiguo de la comunidad autónoma andaluza y probablemente uno de los más antiguos de España. Lleva desde 1931 prestando servicios administrativos y se llama José Roldán, conocido de joven como «El niño de las saetas».

Pepe Roldán tiene muchos recuerdos, que ha mantenido en silencio desde 1936. No da ninguna razón para esa persistencia, pero probablemente no hagan falta razones. El tiro en la placa lorquiana las explica suficientemente. El funcionario llevó el indulto a Federico García Lorca la madrugada

Bueno, en esto, cuando llega el movimiento yo ya estaba en la Diputación y nos movilizaron para hacer vigilancias, guardias y cosas así. Me acuerdo como si fuera ayer que el dieciocho de agosto por la tarde se me acerca un alférez y me dice: «Pepe, ¿tú conoces la zona de Víznar, verdad? Sí, mi alférez», le contesto, y él me dice: «Pues no vayas esta noche a tu casa que tienes que hacer un servicio. Vente al Gobierno Militar y no le digas nada a nadie.»

Total —continúa Pepe Roldán—, que me fui al Gobierno Militar, que luego fue la Capitanía General, me dieron unos correajes y me indicaron un sitio donde dormir. Yo no pude pegar ojo esa noche. Tenía diecinueve años y mi padre, Enrique el de las Bolas, que le llamaban así porque hacía bolas de billar y para el juego de bolos, era de ideas socialistas y estaba medio escondido. A mi padre los de las Es-